

anterior, *Las flores del frío* (1991). Estos aspectos corresponderían al uso de la experiencia autobiográfica como tema de los poemas, la utilización asimismo de la figura del autor como personaje poético y la presencia destacada del amor no sólo como constante ineludible de toda su obra global, sino como eje argumental del libro, como cimiento básico sobre el que se tratan otros muchos temas a modo de fragmentos cotidianos de la experiencia vital que llegan a cobrar un significado trascendente.

La obra, que consta de cuarenta y cuatro poemas, se divide en dos bloques básicos: *Los días* y *Las palabras*. Al igual que el ya conocido *Diario cómplice* (1987), el lector presencia cómo la vivencia del amor —en un tono evocador de los que son maestros reconocidos del autor: Garcilaso, Salinas y Cernuda— cambia la realidad circundante y sume al hablante de los poemas en una vorágine de irrealidad fantástica. Pero, como ya hemos apuntado, late de fondo una palpable diferencia con respecto a sus primeros libros y que ya era posible apuntar en su obra precedente, una diferencia que probablemente se alzó como reto para el poeta a la hora de afrontar la creación poética: el uso de la experiencia más personal como punto de partida, como eje argumental no sólo de cada poema, sino de toda la obra como bloque unitario. El distanciamiento como tamiz de todo residuo intimista y la marcada elaboración artística que García Montero, no sin dificultad,

ejerce en sus poemas, logran aquí hacer de los versos el deseado territorio intermedio o tierra de nadie capaz de provocar la identificación del lector con aquello que lee sin que la experiencia autobiográfica se convierta en un lastre demasiado pesado o íntimo en el proceso. Así el autor ha conseguido una vez más lo que ya en *Habitaciones separadas* fuera todo un logro: trascender con gran acierto la concisión autobiográfica y convertirla a través del verso en sucesos comunes y susceptibles de ser vividos y comprendidos por el lector.

En todo esto debemos conceder especial atención a la figura femenina, protagonista indirecta de todos los poemas y que, si seguimos el indicio de la dedicatoria del libro, podemos aventurarnos a afirmar que se trata de Almudena Grandes, la esposa del poeta. A medida que nos adentramos en la lectura, asistimos a cómo los eventos de la existencia diaria se presentan en la obra dirigidos según los acordes de la relación con la amada, que se erige como símbolo de orden y armonía en la realidad cotidiana. Vemos así cómo esta figura femenina, ya desde su presencia —que imprime a los poemas una gran carga de energía y estabilidad— ya desde su ausencia —en que se recrea su recuerdo como necesidad— se alza como el imprescindible punto de mira, eje desde el que conocer y tratar el mundo, sentido de la propia vida del poeta e incluso como único medio por él aceptado capaz de facilitar su existencia y su trato con la fría realidad.

Encabeza el libro una cita perteneciente a la que fuera amante de Voltaire, la marquesa de Châtelet, palabras que se ofrecen como toda una apología de la pasión entendida como regalo de la vida y que el autor utiliza para reivindicar el valor de la felicidad individual en un mundo fragmentado en el que toda opción personal guarda, a la postre, un efecto en el ámbito de lo público. Con ello García Montero vuelve a intentar aunar los planos, escindidos por el ideario burgués, de lo público y lo privado, y centrándose de nuevo, a la manera ilustrada, en el espacio de la felicidad al juzgarla como consecuencia de la interrelación de lo público y lo privado, ya que, a su entender, todo acto del individuo tiene repercusión social. Con esto volvemos inevitablemente al devenir de su trayectoria teórica, guiada por los postulados del Antonio Machado de *Juan de Mairena*, que defendió que la historia se vive en primera persona; de ahí que los sentimientos se constituyeran como un buen terreno para descubrir el modo en que la ideología se proyecta en los individuos. Así, como en su trayectoria poética precedente, el análisis del sentimiento ocupa un lugar básico en este nuevo libro de Luis García Montero.

Sólo somos felices gracias a las pasiones y a las inclinaciones satisfechas, afirma Mme. du Châtelet en un momento de la cita. Sin duda, esto sirvió a Luis García Montero para edificar una obra inspirada por la pasión, una recuperada pasión hacia

la vida que deja intuir el desencanto de la obra anterior en los momentos marcados por la ausencia de la amada y en ciertas composiciones que recogen el sentimiento de frustración en cuanto a que se reconoce su presencia implícita en la realidad cotidiana. Las viejas banderas salen al paso, al igual que el desengaño y el peso de una madurez no deseada, pero ahora todo ello parece haber sido superado desde la compañía cómplice de un amor que justifica, como veremos, los días y las palabras.

Concepción González-Badía

La verdad sobre Tierno Galván*

El revisionismo histórico a cargo de las generaciones siguientes a cada uno de los grandes períodos en que el pasado se parcela convencionalmente ha sido siempre una tentación irresistible. Sus resultados científicos y en orden a un positivo esclarecimiento del ayer en cuestión no suelen ser, empero, muy notables, habida cuenta de la carencia de perspectivas que acompaña indeficientemente a tales

* César Alonso de los Ríos, *La verdad sobre Tierno Galván*, Madrid, 1997, Anaya, 292 págs.

intentos. Pero cuando dicha revisión se lleva a cabo por los mismos que un día exaltaron o contribuyeron a enaltecer esta o aquella figura, tal o cual segmento o manifestación de ese pasado, los frutos del esfuerzo se ofrecen invariablemente zocateados.

No es una excepción la biografía del conocido periodista Alonso de los Ríos, instalado en puestos de responsabilidad mediática en años recientes. Su pluma, notable por su fuerza y registro, ha discurrido por paisajes ya conocidos o intuitos para trazar la silueta de uno de los intelectuales con mayor capacidad de convocatoria y mayor presencia en la opinión pública cultivada del país durante el tardofranquismo y los inicios de la democracia. Como decimos, algunos de los rasgos o tramos de la trayectoria ideológica y política del conocido –ucrónicamente– como el «viejo profesor», suscitadores de su pesaroso asombro, no entraña sorpresa ninguna para los integrantes de la *intelligentzia* y los mismos de la comunidad científica nacional. Como personaje público con legítimas ambiciones, al catedrático madrileño le asistía cierto derecho para construirse su «imagen» con algunas licencias y hasta heterodoxias de su verdadero ayer, menos rectilíneo y más prosaico de lo que él pandereteara con indudable ingenio y hasta talento. Puede afirmarse incluso que épocas tan difíciles y confusas como las que atravesara España en la etapa final de la dictadura, necesitaba de personajes de tal laya, traviosos e irrespetuosos con las normas y hasta un sí no es despreciadores

de la verdad y exactitud, a despecho de su magisterio y autoridad sobre extensos sectores sociales. Por hábiles y fructuosos que fueran los intentos del «viejo profesor» por escamotear o maquillar su peripecia personal, sus datos no eran tan ocultos que no pudieran exhumarse en su nuda realidad. Sucedió, no obstante, que era esa opinión la que no estaba demasiado interesada en esculcar ni indagar las auténticas señas de identidad de parte de sus líderes y *maîtres à penser*. Sin proponérselo, claro está, el libro deja en posición muy desairada al excelente grupo –intelectualmente hablando– de discípulos de don Enrique, entre ellos, y muy principalmente, al hilvanador de sus deslavazadas confidencias –*Cabos sueltos* (Madrid, 1981, 698 págs.)–. Si no estaban al tanto de supercherías y enredos habría que pensar en la existencia de «Gal» en campos ajenos a la política y a la *longa mano* de gobiernos y poderes. Hipótesis que de verificarse, nos enfrentaría a un panorama no ya deprimente, sino deletéreo.

Libro, pues, muy español, proclive a los maniqueísmos y totorresismos. Posiblemente, cuando el hombre y su tiempo entren de verdad en la jurisdicción de Clío, ésta se mostrará más propensa a la indulgencia, al matiz y al claroscuro que lo evidenciado por un biógrafo que mantiene loablemente, en días de pasotismo y abatimiento morales, la capacidad de indignación y el talante censorio, igualmente de la mejor progenie hispana. Sin duda.

José Manuel Cuenca Toribio